

LECCIONES DE LA VIDA

PEDIR.....

Suele decirse que, contra el vicio de pedir, hay la virtud de no dar. Y, bien mirado, ni el pedir es vicio ni el negar es virtud.

Ya sabemos que no toda petición tiene necesariamente que ser seguida de conceción. Se pide mucho, a todas horas, con razón o sin ella, por conveniencia o necesidad, con justicia o sin justicia. Se pide a los hombres; se pide a Dios.

El arte de pedir necesita su técnica. La petición, para ser eficaz, requiere la alianza de circunstancias favorables, de ocasiones propicias, de oportunidades adecuadas.

El razonamiento puede ser y debiera ser el argumento de más consistencia y más fuerza, el mejor punto de apoyo de toda solicitud. Puede ser el más seguro valedor del triunfo. Pero eso, con ser mucho, no es todo.

El carácter del ser humano no suele seguir una línea recta a través de una vida; una línea sin quiebras y sin oscilaciones. Suele ser un trazo desigual que marca en su camino la característica de cada momento, los altibajos de su emoción. Lo que a las once es propensión favorable a conceder, a las once y cinco puede serlo a negar. Hay momentos de euforia que duran poco; lo que la luz de una bengala sobre el fondo estrellado de la alta noche. Y los hay que duran como una eternidad de dolor.

No hay verdad más cierta que aquella de que cada hora tiene su afán, la que podría completarse diciendo que en cada minuto la vida tiene su metamorfosis y una constante virginidad.

Le preguntaban una vez a una famosa artista cuál había sido el momento más feliz de su vida. Y cuando se esperaba la contestación de que habría coincidido con un estreno escénico triunfal, meditando unos momentos, buceando en el mar de sus copiosos recuerdos, contestó: «El día más feliz de mi vida fué la vispera de ese día». Es decir, el día de la ilusión encendida, de la ventura soñada, de la esperanza en flor; del ingenuo interrogante a la margarita simbólica; de la emoción blanca de la niña inocente, la vispera de su primera comunión. Y es verdad que la felicidad verdadera, absoluta, consiste en deseársela siempre y no conseguirla nunca...



Por eso hay que acertar el momento, aprovechar la circunstancia, asirse fuertemente a la favorable oportunidad.

Siempre la euforia del sábado suele morir a la hora meridiana del domingo. Siempre la ilusión mengua o agoniza cuando la realidad soñada quiebra el encanto del sueño venturoso. Siempre la aurora coronada de rosas, heraldo de un hermoso día soleado, nos encanta más que la hora esplendente del mediodía con su borrachera de luz, de sol y apoteósica de color...

No sin razón decía Goethe en «Fausto»:

«La mujer que, hecha un pringo,
limpia el sábado mejor,
es la que con más primor
te acariciará el domingo...»

Escojamos, pues, la mañana sabatina, por ejemplo, para pedir lo que en justicia creamos merecer. Es la «vispera de ese día»; del día de la euforia, que se anhela para el descanso, para la expansión hogareña, para la fiesta ansiada, para el agra-

dable acontecimiento dominical. Es el sábado el día de la euforia, en que gusta satisfacer y cuesta mucho negar. Es el día de la ilusión nupcial en que la mujer enamorada acaricia los blancos azahares que unas horas después desprenderá de su pecho casto ofreciéndolos a la Virgencita como símbolo de un dulce sacrificio de amor...

¡Ah, si aquella ilusión de la vispera pudiera tener vida romántica a través de los días y los años que vendrán!

¡Ah, si la euforia del sábado no se marchitara en la tarde del domingo!

Por eso en ese día propicio podría decirse: Contra el afán de pedir, no es esquivar la alegría de conceder...

P. RIERA VIDAL

LEYENDAS TOLEDANAS

LA CASA DEL TEJEDOR

No es de las más conocidas en Toledo y antes de exhumarla he pensado y sopeado si podía o debía hacerlo, ya que, en mis inquietudes de todo cuanto con nuestra ciudad se refiere, quisiera plenamente acertar y si, en ocasiones no lo consigo, atribuyese a falta de preparación, nunca a la de buen deseo.

El tema es y ha sido debatido, teniendo defensores y detractores, aunque, por nuestra parte, declaramos encontrarnos entre los primeros, siempre y cuando sus fundamentos, causas y razones, tengan fines morales y hasta aleccionadores, y nos enseñen que el amor —por su excelsa calidad humana— la vida es digna de ser vivida y que, por el amor, tampoco es indigno morir. Tal es el caso de nuestra leyenda, la casa del tejedor.

Se da ésta como situada en la Plaza de la Cruz Verde, en la replacita arbolada sita por encima de las carreras de San Sebastián, frente a las ríscas márgenes del Tajo y los ásperos cerros de las Sislas y adonde desembocan las pinas calles del Plegadero y de la Vida Pobre.

A principios del siglo XVII la industria de la seda, en Toledo, pasaba por uno de sus mejores momentos. Muchos tejedores tenían sus telares y viviendas por este barrio. En la Plaza de la Cruz Verde, así denominada por tener en el centro una cruz pintada de ese color con asentamiento de dos gradas de piedra, se encuentra una casa que en tiempos la habitó uno de esos tejedores, apellidado Regidor, que se enamoró perdidamente de una linda muchacha del barrio por la que fué correspondido. El amor del tejedor lo compartían ella y su telar; mas un día, un desventurado día, la doncella murió, y fué tan grande el sentimiento del tejedor, que desde aquella fecha no se le volvió a ver por su bien amado telar.

Perdidos sus dos grandes amores, se le veía vagabundear por calles y plazas, ir de aquí para allá sin orden ni concierto, sin reposo ni sosiego, y pasando horas y horas suspirando y llorando en las gradas de la cruz. Agobiado por la pena, con lento sufrir y recordando constantemente sus dos grandes amores, el tejedor murió, disponiendo que como símbolo de su pesar se plantase un ciprés en el corral, y allí estuvo durante muchos años, aunque actualmente no está. Desde entonces fué tradicional que los novios de por aquella barriada, y aun de otras extremas de la ciudad, fueran a jurarse amor eterno en las gradas de la cruz.

Y nos preguntamos, ¿qué inconveniente puede haber en conservar tan bella tradición que, si no fuera cierta, merecería haberlo sido? Nosotros, un poco chapados

a la antigua, pigmentada nuestra sangre por influencias becquerianas, con todavía arrebatos del corazón que se nos suben a la cabeza, como tan certeramente Marañón lo ha definido, volvemos nuestra mirada con singular complacencia a aquellos tiempos idos y recordamos a nuestro Garcilaso cuando locamente enamorado, y no correspondido, por Isabel de Freyre, aquella pimpante dama del cortejo de la bella y pálida Infanta por-



tuguesa Doña Isabel, después segunda y amadísima esposa de Carlos V, y más tarde madre de Felipe II, le dedicó las estrofas que aunque muy conocidas siempre, es grato volverlas a recordar y que dicen:

Yo no nací sino para quererlos;
mi alma os ha cortado a su medida
por hábito del alma misma; os quiero.
Cuanto tengo confieso yo deberos.
Por vos nací, por vos tengo la vida.
Por vos he de morir y por vos muero.

Sin ese romanticismo, tampoco nuestra literatura contaría con esa rima becqueriana, riquísimo esmalte con claveteo de resplandientes piedras preciosas y que, aunque universalmente conocida, reproducimos:

¿Qué es poesía? dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul;
¿Qué es poesía? ¿Y me lo preguntas?
Poesía..... eres tú.

Sin ese romanticismo tampoco hubiera nacido la bellísima balada de Gutierre de Cetina —la de los ojos claros serenos—, y sin él, posiblemente nuestro Don Quijote, aun con sus realidades sanchopancescas, puede que a estas horas aún estuviera por escribir.

RAFAEL BRUN